

DOI: 10.26807/cav.v0i08.272

FRANCISCO TOLEDO COMO BINIGULAZA

Francisco Toledo as Binigulaza

Caleb Olvera

ISSN (imp): 1390-4825

ISSN (e): 2477-9199

Fecha de recepción: 10/04/2019

Fecha de aceptación: 11/01/2019

Resumen:

En el presente trabajo se expone un poco de la vida del artista mexicano Francisco Toledo (México 1940-2019). Así como de su obra y activismo en contra de las transnacionales. Su manera de ver y entender el arte como servicio a la comunidad y expresión de sueños e infancia. Una raigambre con el pueblo y la raza. La creación de sí mismo como un binigulaza, esto es, como un cuidador de su cultura.

Palabras clave:

Francisco Toledo, arte, binigulaza, tradición, servicio, activismo

Abstract:

This work shows part of the life of Francisco Toledo, (Mexican artist 1940-2019). His work and activism against transnational enterprises. As well as his way of seeing and understanding art, as service to the community and a manifestation of dreams and childhood. A root with the people and “la raza”. The creation of himself as a “Binigulaza” which means a guardian of his culture.

Key Words:

Francisco Toledo, art, binigulaza, tradition, service, activism

Biografía del autor:

México 1977. Docente investigador del Doctorado en Filosofía e Historia de las Ideas, de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Código ORCID 0000-0002-5772-4240. Doctor en Humanidades y Arte, así como Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA) y Máster en Filosofía en la (UG). Además de la formación en Psicoanálisis (CEPSIMAC). Investigaciones postdoctorales en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y estancia postdoctoral en la Universidad de Valladolid, España. Premio Nacional de Ensayo Abigail Bojórquez (2007), miembro del SNI desde 2010. Más de una veintena de libros publicados y más de 50 artículos en revistas nacionales y extranjeras.

Partamos de la idea de Toledo, no como un artista plástico, sino como un narrador de historias, y así veremos que su afición por Esopo y las fábulas no es muy difícil de establecer.

Digamos, en principio, que su abuelo tenía esa afición que aún hoy en día se mantiene en algunas regiones casi inexistentes, ya que su abuelo aparte de ser zapatero era narrador de cuentos. Básicamente su oficio fue amontonar historias en la imaginación de Toledo, historias donde los animales se mezclan con los humanos, donde la fantasía es la regla. Como en casi todas las culturas antiguas, la mimesis entre los humanos y lo sobrenatural es una constante, una ecuación casi matemática o, cuando menos, espacial. La metamorfosis es un principio de equilibrio con la naturaleza, la posibilidad de transformarse en animal, de ser parte de la naturaleza primigenia. A estos seres sobrenaturales capaces de la transformación animal, los mexicanos los conocemos como nahuales o binigulaza y las leyendas en torno a ellos son abundantes. En la huasteca potosina y el sur de México abundan las historias de estos personajes que tienen la cualidad de convertirse, de transformarse en su correlato animal. De actuar como felinos o aves. Personajes que Carlos Castaneda pone en la literatura mundial y que encuentran sus correlatos con los chamanes en Asia, en Japón, en la India etc. Parece que son formados en una parte primordial del inconsciente colectivo. Interesante hipótesis es la de un inconsciente general, cargado de ideas o arquetipos, que en la mayoría de las culturas generan relatos muy similares. En Egipto se cree que los sacerdotes del templo de Horus pueden transformarse en gatos. En América del Norte los nativos se transforman en águilas. En África occidentalizada, por la trata de esclavos, son moneda corriente estas historias; Brasil y Sudamérica están permeadas por este mismo tipo de ideas. Hombres jaguar y hombres águila. Hombres que necesitan poseer los poderes y habilidades de los animales, para desarrollar un potencial imaginario, una manera de ser dentro de un mundo que seguimos sin entender.

Sin embargo, situémonos en la tradición zapoteca que nos habla de los binigulaza, fieros guerreros que por sus logros, cuando alcanzaban la edad adulta, tenían el privilegio de ser transformados en animales. Animales que mantenía su cognición humana, extrañas y fabulosas creaturas que podrían traspasar el límite entre lo real y lo sobre natural. Son inserciones de nuestro inconsciente en un mundo donde la naturaleza reina. Somos solo un susurro entre la selva, una pista que algún rastreador

astuto puede en algún momento seguir, encontrar. La obra plástica de Toledo es eso, una huella, un rastro de este inconsciente mundial que se niega a olvidar las leyendas, los mitos. Quizá por ello ha tenido tanta aceptación, pues es el lenguaje de los humanos el que emerge en su obra, fraguado y estilizado con la estética zapoteca, pero finalmente es el surgir del inconsciente colectivo, de una idea mundial que nos uniforma.

Los antiguos binigulaza, ante la inevitable conquista española, ante la trágica derrota de los pueblos mesoamericanos, decidieron que la única manera de preservar su cultura era que cada uno se la llevase, que cada uno se convirtiera en un nómada que atesora restos de su tradición. Así, tras una gran danza, cada uno de esos guerreros pronunció sus oraciones sagradas, se transformó en algún animal y se fueron en direcciones distintas para resguardar lo poco o mucho que quedaba de sus tradiciones. Eso es clave para entender posteriormente la obra de F. Toledo, obra al servicio del resguardo de una tradición.

Cuando Toledo es apenas un adolescente, deja su ciudad natal y se traslada a Oaxaca, se lleva parte de sus tradiciones, atesorando la primera infancia, se transforma en un binigulaza, pues lo que hará el resto de su vida es precisamente tratar de mantener una tradición en contra de la inminente conquista del imperio, antes español, ahora multinacional.

En Oaxaca confluyen cuando menos 16 grupos culturales, cada uno con sus tradiciones establecidas y distintas lenguas, además existen más de 200 dialectos. Oaxaca es un crisol de personalidades, de colores y formas tradicionales, un cuartel para artistas. Pero al mismo tiempo una trampa para la identidad, tantas culturas o te pierden o te afirman. Así que cada grupo debe de afirmar su particularidad. Su forma de ser y ver el mundo. Un lugar tan cosmopolita pronto se convirtió en la meca artística debido a su riqueza cultural, y, gracias a la promoción turística, recibe personajes de todo el mundo, lo que hace de la región una zona de atracción mundial. Alemanes, argentinos, noruegos, asiáticos, musulmanes, hindús, etc., se dan cita en las calles de la ciudad por lo que la diversidad de formas de ver el mundo se conjunta en la región. Pero no hay que olvidar que ahí se vive bajo la magnificencia del pasado, donde todo era dominado por el imperio zapoteca desde lo que hoy conocemos como Monte Albán. Se vive bajo la imborrable impronta del pasado, de la tradición.

Toledo vive de migraciones, de la colonia Tabacalera en la Ciudad de México se traslada a los 11 años a Oaxaca, pero a los 14 años ya estaba de vuelta en la gran ciudad, estudiando en el Instituto Nacionales de Bellas Artes (INBA). Revive la migración que sufrieron los descendientes de los zapotecas cuando se traslada de Oaxaca a la cosmopolita ciudad imaginaria de México. En la década del 50, la gran ciudad se encontraba en pleno desarrollo, las personas aún creían que todo iba a mejorar, que aquello era la fuente del bienestar, del progreso. De la mitológica Oaxaca a la vorágine de concreto, a la urbe por excelencia, a la meca de todo posible urbanismo bizarro. Se traslada a la Ciudad de México a estudiar en el taller libre de grabado, de la escuela de diseño y artesanías.

Las tradiciones de la Ciudad de México ahora deben mezclarse con su contexto zapoteca. Su encomienda de binigulaza se mezcla con el orgullo mexicana. La gran Tenochtitlán le abre sus puertas y ahora encuentra su *guéndá*, su doble, su correlato animal, que lo transforma en nahual. Este constante ir de aquí para allá, le crea la necesidad de afirmarse, de generar una identidad y de filiarse a ciertos rituales, lugares, eventos. En definitiva, la vida de este artista es la afirmación de la pertenencia y su arte da prueba de ello. Es la idea de resguardar una identidad, una filiación, de buscarse un lugar, un grupo, y defenderlo en contra del cambio, es la idea de defenderse a sí mismo como niño, en contra de la aplastante civilización que todo lo uniforma y lo diluye. Qué es lo que somos sino una serie de mitos y leyendas, una serie de discursos que nos habitan, o mejor aún, habitamos en ellos, son los que nos dan forma humana, los que nos mantienen.

Los nahuales son muy conocidos en la tradición mexicana y su poder de transformarse en animales ha inundado la imaginación de todo este pueblo. Así el inconsciente de Toledo está formado como un viaje mítico e imaginario, que va de un binigulaza zapoteca a un atesorado y protector de la tradición mexicana, para terminar, transformándose en nahual. Ser mitológico del inconsciente mexicano. Mitad animal, mitad trashumante. No sin haber pasado por París y su idea de hombre cosmopolita. Ya que, con apenas 20 años, las circunstancias lo llevan a esta ciudad francesa donde residirá por 5 años. Ahora el zapoteco no solo es un protector de su cultura natal, sino es un extranjero, un extraño que se inserta en una cultura muy distinta, en un ritmo que no le es propio. Se inserta o se ve injertado en la capital cultural del mundo de ese momento. Su estancia

en París marcará su arte por el resto de sus vidas. Pero esto es solo el comienzo, ya que en 1964 expone en New York, Toulouse y Londres.

Son sus obras una especie de trance mágico que reúne la brujería natural del pueblo zapoteco con la visión parisina del arte mundial, Chagal, T. Lautrec y G. Klimt, son solo algunos de los personajes que conviven con sapos, zorros y lagartos. La magia es lo que unifica la obra de Toledo, una magia primigenia, una magia construida de inocencia infantil, de fabula.

Sus personajes no dejan de tener un gesto sexual, una invitación al goce, al éxtasis místico, son Santa Teresa que mezcla su uniforme con los sueños de una gata. Son el clima de una tradición milenaria que encuentra en Europa una manera de expresarse: el arte.

Toledo es un materializador de creaturas fantásticas, encuentra en su obra plástica el umbral por donde traspasar el dominio de su imaginación. Toledo es un vórtice por donde la realidad encuentra una forma de traspasar su estado material. Una manera de plasmarse y hacerse plástica, de hacer presencia en un mundo donde cada vez más se ha restringido el acceso a la imaginación. Sus obras son súper pociones de figuras que parecen, algunas veces, diluirse y, otras, emerger, salir a la luz, transformarse por complejidad en estado de cosas irreductibles a sus orígenes, es el Altazor alquímico, el horno de la transformación. Los demonios se mezclan con los humanos, los dioses tienen su contraparte en la astucia o cualidad animal que les da materialidad o punto de fuga, que les da tensión muscular, chamucos y naguales pueblan sus obras, figuras mezcladas que nos invitan a reconocernos, a buscar nuestro pasado, nuestra infancia.

Estas figuras parecen presentar una batalla por dejar atrás su soporte material, parece que están en constante lucha por salirse de la obra, por ingresar al mundo de los humanos, un mundo restringido por el dinero y el estrés, un mundo a conquistar. Sus personajes poseen un extraño magnetismo que nos impide dejar de verlos, que nos hace imaginar que en cuanto nos volteemos seguirán con sus historias, con sus aventuras.

Los cuentacuentos son parte importante de ciertas tradiciones, ellos mantienen las tradiciones, rescatan del olvido los valores, mantienen los ideales y principios de un pueblo. La obra de Toledo hace algo muy similar a la afición de su abuelo, mantiene y resguarda a

través de estas historias plásticas, los valores de su pueblo, y por ello la raza es quizá el protagonista de muchas de sus piezas.

A pesar de ser muy criticado por no formar parte de la denominada estética nacionalista, Toledo es un militante de la cultura, y de la estética, solamente que su nación es la fábula, la ilusión, la magia, en una palabra, Oaxaca. Su pintura es una extensión del pueblo mexicano, es una manifestación de sus tradiciones y sus mitos, una cosmología popular llevada al centro de Europa a París o Londres. Es un difusor y atesorador de la cultura, un binigulaza.

La palabra encierra el mundo, lo determina y limita, hace de él imagen. La imagen crea el mundo, lo recrea, lo inventa. El artista no puede ser reducido a esto o aquello. El ser mismo de la obra se niega a ser delimitada en la definición que le corta posibilidades. La obra de un artista es por ello algo inconcluso en la medida en que no se puede decir que aquí termina. La obra de F. Toledo no es la excepción. Es un canto a la infancia. Un retorno al origen. Es el eterno juego que pone a girar la rueda del mundo. Oaxaca no será ya la misma, ni los colores ni los artistas, que ahora han adquirido un militarismo de juego. Una danza escalofriante de muertos. Una irreductible iridiscencia de quien se ha apropiado no solo del espacio visual y vital de la obra, sino que hace de su ciudad una obra, de su comunidad materia para la composición artística. La consigna nietzscheana que encuentra eco en Foucault de hacer de la vida una obra de arte, Toledo la lleva al extremo iridiscencia al hacer de la comunidad una obra de arte.